

## Estudios filológicos y gramaticales

de don Miguel Antonio Caro

Otro elemento, dominador del uso, otro factor de más alta alcurnia que la espontaneidad instintiva, es la libertad racional de los ingenios superiores, que con esfuerzo generoso ilustran y ensanchan los términos de la lengua patria.

M. A. CARO.

Precedidos de un magistral *sermo galeatus* de Tomás O. Eastman, donde se revela — *ex ungue leonem*—el filósofo, el lingüista y el erudito que hay en aquella múltiple personalidad, acaban de aparecer, editados en un tomo, el V de la serie, los estudios filológicos y gramaticales de don Miguel Antonio Caro.

*Plural de los apellidos, Reacción ortográfica, Ortografía castellana, Tratado del participio, Diccionarios castellanos, De la aliteración considerada como elegancia métrica, Americanismo en el lenguaje, Contradiálogo de las letras, Del uso en sus relaciones con el lenguaje, Manual de elocución, Del verso eneasílabo, Cuestioncilla lógico-gramatical, Sobre el hiato, Informe sobre un texto para enseñar a leer, Arte de hablar en prosa y verso, Diccionario de Cuervo, Gramática.... parda, Un apunte sobre otro, Notas a la ortografía y métrica de Bello, De la unidad silábica, Del acento, Vocales concurrentes, B y V,* son los trabajos que contiene este volumen, editado por la imprenta nacional, bajo la dirección de Víctor E. Caro y Antonio Gómez Restrepo.

Aunque en el ramo de la filología el señor Caro no se elevó a la altura de don Rufino J. Cuervo, maestro supremo en esta ciencia—porque, si es cierto que am-

bos empezaron a estudiarla y practicarla juntos, aquél hubo de apartarse de esa senda para frecuentar otras menos gloriosas, mientras éste le consagró toda una vida de pacientísima investigación benedictina y de profundo estudiar, primero en Bogotá y luego en París—no obstante, el señor Caro fue un lingüista mayor de excepción y produjo estudios filológicos que lo acreditan como digno continuador y aun opugnador de Bello y digno hermano de Cuervo.

Este, pues, el primero, y Caro, el segundo, han sido en Colombia los mayores representantes de la filología moderna. Cuando se escriba una historia concienzuda y completa de la literatura española e hispanoamericana, su autor no podrá escatimar jamás a nuestros dos filólogos, sin cometer notoria injusticia, la gloria que les corresponde por aventajados obreros de la escuela neo-crítica, que en Francia ha dado cultivadores como Alejo Paulino París, León Gautier, Paul Mayer, Aubertin y otros; y en España, a Milá y Fontanals, maestro de Menéndez y Pelayo, a este eximio polígrafo, la más alta figura literaria española, a Ramón Menéndez Pidal, de fama europea, a Francisco Rodríguez Marín y a doña Blanca de los Ríos.

Maestros sapientísimos han elogiado el estudio de la filología. Es tal el misterioso prestigio de este ramo del saber, que atrae poderosamente a los hombres superiores: entre nosotros, Cuervo, Caro, Uricoechea, Manrique, Suárez..., mentes de elección, le han dedicado unos la vida, otros buenas vigiliadas, con provecho de la cultura literaria del país.

El *Tratado del participio*, las *Notas e ilustraciones a la ortografía y métrica de Bello*, *El uso en sus relaciones con el lenguaje*, la sintaxis de la *Gramática latina*, el estudio sobre *El americanismo en el lenguaje*, el *Contradiálogo de*

las letras y Gramática.... parda son los mejores trofeos con que el señor Caro se presenta ante el mundo de las letras a reclamar el título de filólogo de primera nota y maestro de la posteridad.

En el tomo tercero de los *Anales de la Universidad*, correspondiente al primer semestre del año de 1870, apareció publicado por primera vez el *Tratado del Particípio*, estudio el más original profundo y luminoso del autor, que lo ha hecho célebre como filólogo, porque esclareció el uso de este derivado verbal con tanta erudición como método, agotando la materia, que desde entonces a él han acudido como a fuente pura y única ya los gramáticos como Izasa, Marulanda y Restrepo Mejía, ya los filólogos de talla como Cuervo, Cejador, ya los estudiosos de la lengua castellana, que no encuentran en la gramática de la Academia, ni en Salvá, ni en Baralt, ni en el mismo Bello sino relaciones o indicios vagos o erróneos referentes a este elemento del discurso.

Inmenso servicio el que prestó el señor Caro a la lengua de Cervantes con su magistral estudio del gerundio; pues en esta parte muy pocos son los escritores modernos que escapan al galicismo o al solecismo con que empiedran las mejores producciones así los peninsulares como los americanos, pudiendo decirse que entre nosotros solo el mismo Caro, Cuervo, Suárez y otros pocos, saben valerse diestramente de aquel escuroido verbal, tan mal traído y llevado por el propio Capmani, por Castelar, por Valera, por Montalvo y por muchos notables escritores.

El *Americanismo en el lenguaje* es un sesudo estudio en que el autor se manifiesta profundo conocedor de la historia de las literaturas modernas, especialmente de

la española en sus relaciones con los pueblos de América. Basado en este pensamiento de Schlegel: «Considero el cultivo cuidadoso de la lengua patria como sagrado deber en todo tiempo, e importantísimo privilegio de las altas clases sociales. Todo hombre educado debería hacer de ella el objeto de su atención y desvelos, procurando conservarla íntegra y pura, y hablarla, hasta donde fuera posible, en toda su belleza y perfección.... Una nación cuya lengua se torna ruda y bárbara, está amenazada de barbarizarse ella misma por completo. Una nación que mira con indiferencia la ruina de su lengua, renuncia la mayor parte de su independencia intelectual y testifica que se resigna a morir», basado, pues, en él, recomienda el estudio del castellano como perentoria obligación que debemos a la patria; establece que la literatura de un pueblo es su lengua misma, dotada de ánima viviente por sus mismos escritores; y a este propósito, siguiendo el hilo de oro de su dialéctica consumada, desenvuelve con claridad y erudición sorprendentes sus ideas. Combate al argentino Juan María Gutiérrez (quien, nombrado miembro correspondiente de la Real Academia española, rehusó el nombramiento y devolvió el diploma con carta que al secretario de la corporación dirigió de Buenos Aires el 30 de septiembre de 1875) porque, revelándose a la disciplina común que obliga a peninsulares y americanos a seguir las decisiones de aquel cuerpo en punto de lenguaje, introduce cisma peligroso a la suerte futura del idioma. Y lo hace con tales razones que por más liberal que a este respecto sea el criterio del lector, tiene que rendirse a la evidencia de conceptos de nuestro filólogo.

Demuestra que es una utopía el pretender cultivar

entre nosotros un dialecto determinado, como se insinúa en el verso de Gutiérrez González:

« Yo no escribo español sino antioqueño »

lo mismo que la idea de considerar la lengua en dos grandes dialectos, peninsular y americano. Y aunque cree que ni en el mismo Buenos Aires es posible desquiciar « el trono en que se asienta con triple corona de gloria, literaria, política y religiosa la lengua castellana, no por eso hemos de cerrar los ojos a los peligros que amenazan a la lengua, ni imitar al rico que descansa sobre su renta o al héroe que duerme sobre sus laureles. Todo imperio, toda humana soberanía sucumbe, faltando la virtud que la sustenta. Las lenguas que, como la nuestra, merecen el título de soberanas o imperiales, no morirán, pero sí, semejantes a la justicia, que huyendo de la tierra se sube al cielo, pueden abandonar los labios de la humana gente para vivir vida inmortal en el santuario de los libros, desde el punto en que cese el culto que las debemos ».

Esto fue escrito en 1878, y hoy, pasados cincuenta años, al que sea verdad que al decir de los lingüistas tenemos en América desde el cabo de Hornos hasta el país de los esquimales quinientas lenguas aglutinantes; que en la hora actual se está formando en la Argentina y en otras naciones americanas una especie de dialecto convencional entre el alemán, el inglés, el italiano y el español, con perjuicio y detrimento de la pureza de la lengua; y que por aquí y por todas partes corren vientos que auguran malos días para el castellano; no obstante, con ser grave el peligro de corrupción del castellano en América, éste no bajará de su trono mientras haya hombres amantes de su « cuidadoso cultivo », mientras se lean los libros que escribieron Caro y Cuervo y Suárez, bastantes ellos solos a dilatar en el espa-

cio y en tiempo el dominio imperial del castellano, como la fiera corriente del gran Betis

« Dilata hasta los montes su ribera ».

En el *Contradiálogo de las letras* defiende con erudición filológica sorprendente a Cuervo y a Marroquín de los cargos ligeros e injustos que a sus obras y conceptos científicos hace el escritor cubano Juan Ignacio de Armas. Las del señor Caro son tan bien templadas, de aquellas toledanas que, según Larreta, se batían como si estuviesen mirando el mundo entero y Dios mismo, que no le deja hueso sano ni cómo replicar a don Juan Ignacio. Ante este trabajo, todo elogio será corto por ser allí donde demuestra mejor su vigoroso poder intelectual. su independencia de juicio, su espontaneidad científica y literaria, lo mismo que en *Gramática.... parada*, escrito al correr de la pluma y con tál desenfado y flexibilidad, que no puede menos de exclamarse al terminar su lectura: ¡ Lástima que el autor no hubiera dejado, para deleite general, una serie de escritos como estos! Lástima que la política hubiera embargado la pluma del filólogo.

Las *Notas y apéndices a la Ortografía y Métrica de Bello* corren parejas con los demás tratados de Caro, en erudición, penetración, ciencia y lucidez. En la *Advertencia* que para la edición de Bogotá, de 1882, escribió Caro, dice esto: « En ellas (las notas e ilustraciones) se hallan a menudo confirmadas y ampliadas, y también, alguna aunque rara vez combatidas las opiniones de Bello siendo derecho del que leyere, y no del anotador, fallar en los puntos controvertidos ».

Los estudios de Caro muestran al sabio en estas materias: abundan allí observaciones originales ortológicas y ortográficas; rectifica, de acuerdo con Coll y

Vehí, la definición del acento, define lo que es sílaba, examina y refuta científicamente la teoría de Bello, estableciendo el verdadero principio y sus corolarios; estudia el acento etimológico; apura la materia en lo tocante a vocales concurrentes, estableciendo los cánones que guían la acentuación de ellas, armonizando, ampliando y rectificando a veces las doctrinas de la Academia, de Bello y de Cuervo, en suma, creemos que Caro ha logrado en este punto, como en otros, revelarse maestro supremo de las gentes que hablan español.

Visto en este aspecto nuestro autor, además del inmenso beneficio hecho a las letras, por lo que respecta a la técnica del verso, en que él mismo fue el mejor maestro, diciendo en estas materias la última palabra, si así vale expresarse; lo ha prestado, y muy grande, a nuestra literatura, pues si es cierto, como dice Bello en el prólogo de esta su obra, que en las letras, como en las artes y en la política la verdadera fuente de todos los adelantamientos y mejoras es la libertad, no debe entenderse tan absolutamente como lo han hecho entre nosotros algunos literatos de mayor y de menor valer, que con sus innovaciones vituperables han desquiciado totalmente la métrica castellana, produciendo la anarquía en este departamento del lenguaje.

Y para que nada falte a la gloria del filólogo, diremos que no se contenta con exponer doctrinas trascendentales y leyes inmutables, como la que con tanta erudición desenvuelve relativa a la permanencia del acento de las palabras latinas, al pasar a las lenguas romances, «ley interesantísima, hasta hace algunos años no conocida de los filólogos, principio luminoso de etimología, que permite, pongo por caso, rastrear en algún incógnito diminutivo de la baja latinidad el ori-

gen de una palabra que, por aparente dislocación del acento, no se engarza directamente con el latín clásico; no sólo, decíamos, no se contenta con eso, sino que da a los futuros filólogos e historiadores de la lengua el programa de la obra que han de llevar a cabo, así:

«Cuando una pluma escrutadora y diligente bosqueje la historia de la lengua, describirá todas las curiosas peripecias del combate general, si vale decirlo así, que en épocas de confusión empeñaron los escritores contra el uso, más como conquistadores de regiones incultas, que como legisladores de bien organizadas comunidades; descenderá a explicar las tentativas individuales, afortunadas unas veces, y desgraciadas otras; rastreará el origen clásico de nuestras voces y frases que hoy son del dominio público; dirá, si lo logra, cómo y cuándo entraron unas en el caudal de la lengua, y descartadas otras se relegaron al olvido; ofrecerá, en fin, a la admiración, no a la imitación la gloria de los triunfadores, como León y Quintana; y para que sirva de escarmiento y freno a la osadía de miserables medfánias, enseñará la ruina de genios poderosos como Góngora y Cienfuegos, que en la lengua que hablamos dejaron rastros anónimos de su fuerza, y con las obras que escribieron, a modo de obeliscos aislados, monumentos de su temeridad».

Tal dijo en su estudio sobre el uso, alta torre de erudición y ciencia, que dejó a la admiración de las generaciones. Acaso la presente, desacostumbrada al tuétano de León, porque sólo sabe alimentarse de sesos de perdiz, no encuentre apropiados a su paladar los escritos de un hombre como Caro, todo verdad, todo lógica, todo luz. Pero sus obras están ahí como un monumento incontrastable. «Aere perennius».

Poeta, traductor, académico, filólogo, lingüista, gra-

mático, periodista y polemista, crítico, filósofo, moralista, historiógrafo, político, legislador, jurista, orador parlamentario y hombre de estado, Miguel Antonio Caro fue columna de la raza. Plutarco tendría al estudiarlo que dejarle a la gloria la tarea de emparentarlo con sus escogidos de otros tiempos. Era su pensamiento como una nube grandiosa dormida sobre el continente; su voz un trueno; su pluma un rayo contra el error. Pluma para vencer, para enseñar, para iluminar, la que dejó en su bufete orlada de laureles, no puede tocarse sin profanación, y ahí se estará luengos siglos con su oro sagrado y ungido de gloria, como la de su hermano mayor Cervantes Saavedra. Aguila fuerte de la raza, voló por todos los cielos del espíritu y conoció todos los soles. Su obra es un monumento soberbio alzado para honra de la especie; y su decir, que ahora se mueve con la apacibilidad de la onda del lago, ahora con la elasticidad de la onda del río, ahora con la majestad de la onda marina, será deleite y gloria de muchas generaciones.

Bien quisiéramos dilatar este estudio, pues en sus trabajos filológicos es en donde el señor Caro ofrece a sus admiradores los mejores esquilmos de su inteligencia y de su voluntad. Mas, basta con lo dicho. Otras plumas mejor tajadas que no la nuestra harán el elogio docto y justiciero, de don Miguel Antonio Caro, cuya actuación literaria y científica es, por lo fecunda y alta, tan conocida dentro y fuera del país, podría decirse sin temor de la nota hiperbólica, lo que un malogrado pensador español escribió a propósito de Napoleón: que fue una isla que cayó sobre el continente. Dueño del pensamiento como un príncipe de vastas posesiones, manejó este instrumento divino con maravilloso aplomo y poderosa eficacia; y como el lenguaje anda tan ínti-

mamente ligado con aquél, seducido por el misterioso «logos», lo estudió no a guisa de aficionado sino con la profundidad y consagración que revelan los sorprendentes resultados de sus lucubraciones.

MANUEL ANTONIO BONILLA

## SÚPLICA

*Ante EL ÚLTIMO BESO de Acevedo Bernal,*

Es un artista que vivió la hora  
Que tú viviste en la montaña oscura,  
Y ungiendo su pincel en tu amargura  
Hizo un milagro de dolor, Señora!

Con una inspiración abrumadora  
Dio tal vida a tu mística ternura,  
Que gimes de verdad en la pintura  
Y el mismo lienzo se estremece y llora.

Mas... .. perdónalo, Virgen! Fue un exceso  
Perdurable del arte que aniquila  
Su ya cansado corazón opreso;

Besa por él la divinal pupila,  
Apura, Madre, apura el postrer beso  
Que ya su enfermo corazón vacila!

JESÚS ESTRADA MONSALVE

